LUIS GABALDÓN y ENRIQUE F. GUTIÉRREZ

La noche del baile

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

LA NOCHE DEL BAILE

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ESCRITO POR

LUIS GABALDÓN y ENRIQUE F. GUTIÉRREZ

Estrenado con extraordinario éxito en el COLISEO IMPERIAL el día 16 de Febrero de 1912



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1912

A Pilar Martín Gómez

y Gaspar Campos,

con toda simpatía y cordialidad, sus reconocidos amigos,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA (29 años).............	SRA.	MARTÍN GÓMEZ.
ANTONIA (20 íd.).............	SRTA.	MUÑOZ SAMPEDRO.
GARCÉS (38 íd.).............	SR.	CAMPOS.
EL CORONEL MARTÍNEZ (44 íd.).....................		MARIMÓN.
CARLOS (33 íd.).............		ORTEGA.
PABLITO (22 íd.).............		MEDINA.

La escena en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Saloncito elegante en casa de Garcés. Puerta al foro. En las laterales dos puertas á derecha é izquierda. Secreter á la derecha del foro. Mesita de costura primer término izquierda. Chimenea entre las dos puertas de la lateral derecha. Es de día.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS y PABLITO

Garcés muy atareado en encender la chimenea

Pab. (Entrando.) ¡Y me había dicho la portera que no estaba usted!

Garcés Sí, es su costumbre. Nunca dice ni hace nada á derechas. Pero siéntate, Pablito

Pab. Muchas gracias.

Garcés (A Pablito.) Nada, que no tira de ningún modo. (Transición.) ¿Y qué te trae por acá? (Señalándole un asiento próximo al suyo.)

Pab. (Con alguna vacilación.) Pues... como ya le dije... me caso... es decir, nos casamos Purita y yo, y ella dijo, y á mí me pareció formidable: ¿Por qué no vas á casa del señor Garcés y le pides el favor de que sea nuestro padrino de boda? Ni una palabra más; me vestí, salí á la calle, tomé el tranvía, y aquí me tiene para hacerle solemnemente la pregunta: Se-

ñor Garcés, ¿quiere usted ser padrino de nuestro matrimonio?

Garcés (Sorprendido.) Chico, pero eso es un escopetazo. ¡Ay, Pablito, no sabes lo que haces! ¡Créeme á mí, el matrimonio es una letra que se protesta casi siempre! Pablito, no te cases, á menos que tengas vocación de mártir. Los hombres no debíamos casarnos. Las mujeres, sí. Y ahora te he de hablar con franqueza, con toda franqueza. Agradezco mucho tu atención; pero no puedo aceptar ese padrinazgo que me propones; yo no quisiera negarte nada. Eres sobrino de mi mejor amigo, y haces muy bien en favorecerme con tu pretensión, pero créeme, no puedo, no puedo. Oye y juzga. He de hacerte una pequeña historia. Perdona la lata, pero es necesario que lo sepas. La situación en que me encuentro cerca de mi mujer es la consecuencia de una calaverada

Pab. ¿Usted calavera?

Garcés Sí, hijo mío, excalavera, que no es lo mismo. Hace quince días estaba yo viendo los carteles de los teatros en la cartelera de la Puerta del Sol, cuando se me acerca mi amigo Carlos y me dice: ¿Vas al baile del Real esta noche? No, le respondí con naturalidad. ¿Por qué? Hombre, porque tengo un billete. Aquella fué mi sentencia de muerte. Miré en torno nuestro, como los traidores de melodrama, y le dije rápidamente: ¡Dámelo!

Pab. ¡Y fué usted al baile!...

Garcés Haciendo un sacrificio doloroso. Con intención, te lo juro, de dar un vistazo á la sala y marcharme en seguida. Hola, Garcés, me dice una máscara, dejando caer blandamente su brazo sobre el mío. ¡Por fin te veo, Garcés famoso!... (Cantando con música de los «Gigantes».) Soy tuya cuando quieras.

Pab. ¡Qué suerte, y así, al entrar!

Garcés Tan estupenda declaración, me dejó estupefacto. Fíjate. ¡Soy tuya cuando quieras! Mañana, á las doce, espérame á la puerta del restaurant que hay cerca de tu casa. Sé discreto, y desapareció. Al día siguiente, sin

pensar, como un autómata, me encontré delante del restaurant. Sin darme cuenta de lo que hacía, subí á un gabinete y esperé. A los pocos momentos, apareció una dama, que cubría su rostro con un velillo. En el corazón sentí así como un terremoto.

Pab. ¿Y hubo desgracias?...

Garcés Hubo, que la dama levantó su velo y era... la costurera de mi mujer, á la que yo por broma había hecho insinuaciones muy discretas. ¡Figúrate qué compromiso! No se me ocurrió, preocupado como estaba, más que pedir una ración de pollo, otra de jamón, unos langostinos y un flan, todo maquinalmente. Distraído la dí el brazo y nos marchamos, porque lo correcto era acompañarla hasta su casa; pero al llegar á la puerta del restaurant, ¡qué tremenda fatalidad!, la doncella de mi mujer que iba á comprar unos pasteles. ¡Y luego decir que estas cosas no pasan más que en el teatro! No me dió tiempo ni de hablarla, ni de prevenirla, y y cuando llegué á casa, mi mujer estaba en el secreto de todo.

Pab. ¡Buena se armaría!

Garcés ¡Ca! Ni lágrimas, ni reconvenciones, nada. La hallé muy tranquila, muy digna y muy severa. Lo único que hizo fué pedirme la llave de la caja, que yo le entregué en un momento de debilidad, y desde entonces ella gobierna y dispone del dinero. Desde hoy, me dijo, te señalaré veinte pesetas para tus pequeños gastos, que te daré todos los sábados. Comprenderás que con cuatro duros á la semana yo no puedo, sin grave lesión de mis intereses, apadrinar una boda, por modesta que sea. Estoy entrampado, comido de pequeñas deudas, intransitable. Con decirte que le debo veinte viajes á un cobrador del tranvía, te formarás una idea de mi situación. ¡Maldita noche de baile!

Pab. Lo siento y su confianza me honra mucho.

Garcés Apropósito de confianza. Pablito, me tienes que hacer un favor. En esta carta, que llevarás á su destino porque no me atrevo á entregársela á la doncella, escribo á un ami-

go de toda la vida pidiéndole quinientas pesetas. Si te las da, cuenta con el padrinazgo, si no, perdona, hijo.

Pab. (Guarda la carta.) Descuide usted. Adiós, no salga, conozco el camino.

ESCENA II

GARCÉS y ANTONIA

Garcés ¡Pobrecillo! ¡Es un infeliz! (Se sienta y se pone á leer un periódico. Antonia entra, viene de la calle, y se pone á contar sobre un velador.)

Ant. La señorita me ha dado un billete de quinientas pesetas para que lo cambiase. Aquí hay diez duros en piezas, un billete de cincuenta pesetas, tres más de ciento... que hacen cuatrocientas... Justo. Ahora...

Garcés (Fijándose en Antonia.) ¡Ah! ¿Estás ahí? Has ido á avisar al fumista. La chimenea de mi cuarto está imposible.

Ant. (Sigue contando.) Cuatrocientas y cuatro billetes de veinticinco... (Contestando.) Sí, señorito...

Garcés Antonia, ¿sabes si ha venido alguien á alquilar el piso segundo? Esto de ser casero es una ganga. Gasta uno más en arreglos que lo que cobra. Ahora la maldita chimenea no tira y todo el humo se sube al piso segundo y se me quejan los inquilinos, Antonia.

Ant. No me distraiga usted... Eso es, quinientas pesetas.

Garcés ¿Quinientas pesetas? ¿Pero tienes quinientas pesetas?

Ant. Son de la señorita.

Garcés Me alegro mucho. Precisamente el tapicero ya me ha mandado la cuenta dos veces. Hoy le dije que viniera y está esperando. Dame trescientas cincuenta pesetas. (Aproximándose al velador para coger el dinero.)

Ant. (Defendiéndose del ataque.) No, señorito, no toque usted á una peseta. Ya sabe usted que la señorita me tiene prohibido que le dé á usted dinero.

Garcés ¿Cómo se entiende? Pues, hombre, hasta ahí

podían llegar las bromas. El dinero de mi mujer es mío. Si fuera al contrario, lo comprendo, porque el dinero del marido, es sagrado, inviolable, pero el de la mujer es otra cosa. Trae acá.

Ant. Pídaselo usted á la señorita.

Garcés Bestia. Imbécil.

ESCENA III

DICHOS y MARÍA

María (Entrando puerta derecha.) ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Por qué llamas animal á la chica?

Ant. El señorito que quería que le diese trescientas cincuenta pesetas. Por eso me regañaba.

Garcés Para pagar al tapicero. Las deudas del tapicero son sagradas y Antonia no quería darme el dinero.

María Y ha hecho perfectamente.

Ant. ¿Ve usted, señorito?

Garcés Pero, mujer, ¿qué le digo al tapicero?

María Por eso no te apures. Yo le pagaré.

Garcés ¡Ah! ¿Pero es que no tienes confianza en mí

María ¡Ni pizca! (Mutis por donde ha entrado.)

Ant. (Siguiéndola.) No, señor, no tenemos confianza en usted.

ESCENA IV

GARCÉS y CARLOS

Garcés ¡Esto es inaudito, bochornoso!

Carlos (Entrando.) ¡Hombre, gracias á Dios que se te ve! ¿Qué es de ti, dónde te metes?

Garcés ¡Ah! ¿Eres tú?

Carlos Sí, hombre, desde la noche del baile no has vuelto por nuestra reunión.

Garcés (En cómico recuerdo.) ¡Ah! ¡Maldita noche!

Carlos ¿Por qué?

Garcés No, por nada Pero mira, otra vez no se te ocurra proponerme tal cosa.

Carlos Hombre, yo... Pero, en fin, vamos á lo que vengo. ¿Tú te acuerdas que tienes una

apuesta pendiente? ¿tú te acuerdas que nos debes un almuerzo?

Garcés — Sí, hombre, sí me acuerdo.

Carlos — Te hemos preparado una sorpresa para hoy.

Garcés — ¡Una sorpresita!

Carlos — En el Ideal Room. Todo está organizado. Tú no tienes más que pagar.

Garcés — ¡Qué compromiso! Amigo Carlos, no hay inconveniente, pero me tienes que hacer un favor.

Carlos — Con mucho gusto. A la recíproca. Yo también tengo que pedirte otro. (Los dos á un tiempo.) ¡Podrías prestarme por unos días..!

Garcés — (Deteniéndose.) ¿Cómo? ¿Prestarte qué?

Carlos — Quinientas pesetas. Tengo ocasión de adquirir una ganga, y como estamos á fin de mes...

Garcés — ¡Gracioso! ¡Muy gracioso!

Carlos — ¿Qué?

Garcés — Que ese era el dinero que iba á pedirte que me dejaras.

Carlos — No me digas una palabra. Adiós. Que te esperamos, ¿eh? Ya sabes, á las doce en el Ideal Room.

Garcés — Sí, sí, ya podéis ir abriendo las ostras. Las va á dar una pulmonía. Porque hasta que yo vaya...

ESCENA V

GARCÉS, PABLITO; luego MARÍA

Garcés — ¡Si yo tuviera carácter! (Pausa.) ¿A quién recurro? Porque ya son tres los plantones que les he dado. Y el cuarto *mico* no me lo toleran.

Pab. — ¡Ya estoy aquí! ¡Me parece que no he tardado!

Garcés — ¡Quiá! ¡Si eres el rayo de la guerra! ¿Y qué? (Con ansiedad.)

Pab. — Ese señor no está en Madrid. Tome usted la carta.

Garcés — (Rompiéndola.) Nada, que todo conspira contra mí.

Pab. Lo mejor es que con maña le sacara usted á su mujer las llaves.

Garcés ¡Quiá! ¡Ni con vaselina! Siempre que lo he intentado, mi mujer me ha detenido con estas amenazadoras palabras: «¡Ah! ¿tú quieres dinero? ¿Tú te vas de juerguecita? ¡Muy bien, yo invito al coronel!»

Pab. ¿Al coronel?

Garcés Esto que no parece nada, es enorme. El coronel Martínez es amigo de casa, es un buen tipo, tiene unos bigotes imponentes, con imán amoroso en las guías. Mi mujer me ha dicho que la cortejaba, que se permitía enviarla ramos de flores y cartitas misteriosas.

Pab. ¡Ah, pícaro!

Garcés Así, que cuando María me amenaza con invitar al coronel, se me pone la carne de... membrillo.

Pab. Tiene usted razón, porque cuando una mujer se cree ofendida y traicionada es capaz de todo.

Garcés Eso, eso me dice á todas horas. Aquí viene. Anda, Pablito, márchate y perdona, porque si nos ve juntos, como tiene la mosca en la oreja, no crea que tramamos algo, ¿comprendes?

Pab. No tiene usted que justificarse; me voy corriendo, porque aquélla me estará esperando, y como es la primera vez que nos casamos, no quiero que me ocurra lo que á usted.

Garcés (Con cierta sonrisilla impertinente.) Anda, hijo, anda. (Le acompaña hasta la puerta.) Veamos si con habilidad y apelando á la ternura consigo...

María (Entrando.) Acabo de pagar al tapicero.

Garcés Has hecho perfectamente. Porque cuando uno debe... (Con mimo. Aparte.) Demos el primer toque. (Alto.) ¡Qué fresca y qué nacarina estás hoy! Tu cutis suave, aterciopelado, parece una rosa de té.

María ¡Qué galante! ¡Qué amabilísimo! ¿Qué necesitas para que así te muestres tan cumplido?

Garcés ¿Yo? ¡Nada! Te he dicho eso...

María Sí, vamos, como me podías haber dicho otra cosa. (Se dirige al secreter, guarda el dinero y recoge la llave.)

Garcés Te he dicho lo que sentía. (María guarda las llaves en el cajón de la costura. Garcés se apercibe de ello) Pues... yo por complacerte he tomado nota de mis gastos y...

María (Con naturalidad.) Pero hoy es domingo, me extraña. Ya sabes que hasta el próximo no arreglamos tus cuentas.

Garcés ¡Ah! ¿Pero hoy es domingo? ¡Qué cabeza!

María Vamos, es que ya no tienes dinero.

Garcés Sí; tengo unas tres pesetas.

María (Con asombro.) ¿Nada más?

Garcés Olvidas que esta semana he tenido grandes desembolsos.

María ¿Pero de qué te quejas? Estás bien alojado, nutrido, vestido, calentado y lucido. (Señalando á la chimenea y á la luz.)

Garcés Sí que estoy lucido. Eso no cabe duda. (Entristeciéndose gradualmente.) Yo no me quejo, bien lo sabes. Lo único que me hiende el corazón, María, es no poder enjugar muchas lágrimas. Cuando veo en la calle un pobre padre que me implora un socorro, que me muestra en sus brazos cuatro ó cinco hijos sin abrigo, sin pan, el corazón se me encoge como un galápago. No poder socorrerle con liberalidad, no poder decirle: «¡Padre, no te preocupes!» esto me parte el alma...

María Pues cuando te encuentres un padre en esas condiciones, mándamelo. Yo le socorreré.

Garcés (Aparte.) ¡Hombre, qué idea para sacarle dinero á mi mujer! No se me había ocurrido eso. Necesito un padre con urgencia. (Alto.) Sí, ya lo sé, tú eres generosa. (Transición.) Pero, ¡qué linda me pareces esta mañana!

María (Francamente.) Vamos, no me vengas con zalamerías. Tú lo que quieres es dinero.

Garcés (Con afectada indignación.) Pues sí, necesito dinero. María, he tenido la desgracia de perder una apuesta, una comida.

María ¿Acaso en aquel famoso restaurant? (Con marcada ironía.)

Garcés No me recuerdes la causa de haber incurrido en tu encjo. Se trata de una comida de amigos, de hombres solos. Te lo garantizo, hoy es la comida y las ostras, á pesar de ser domingo están abiertas desde las doce. ¡Tú

calcula! Es cerca de la una. (Mirando el reloj.)

María Yo no creo en comidas de amigos solos. Comprenderás que tengo razón...

Garcés (Contrariado.) María, tú abúsas de mi bondad, no digo de mi mansedumbre, porque ciertas palabras en boca de un marido no son convenientes, tú me tratas como á un niño. Olvidas que puedo imponerme, que puedo hacer valer mi sagrada investidura de esposo, de padre de familia futuro, porque estoy en mi derecho de ser padre, puedo pronunciar la imperativa palabra: ¡Quiero!

María Pronúnciala. Hoy es domingo y ya sabes que recibimos á nuestros amigos, entre ellos el coronel Martínez, y si tú me obligas...

Garcés ¿Qué?

María Invito al coronel.

Garcés (Aparte.) ¡Y dale! ¡Por qué no le destinarán á Melilla!

María Conste que yo discretamente le encarecí que no nos visitara tan á menudo.

Garcés Sí, pero él sigue enviándote cartas y flores.

María Cartas que yo arrojo al fuego sin abrirlas.

Garcés Eso es cierto.

María Pero si tú continuas oprimiéndome, tiránizándome, las abriré todas y hasta me las aprenderé de memoria.

Garcés No, eso no.

María A condición de que no me hables más de la comida.

Garcés Pero mujer...

María Lo que oyes.

Garcés Pues bien, sea. Escribiré á mis amigos disculpándome con cualquier pretexto. No lo creerán, pero en fin, por dar gusto á mi mujercita. (Aparte.) ¡Dichosa noche del baile! (Mutis lateral izquierda.)

ESCENA VI

MARÍA y ANTONIA

María Pobrecillo. A ratos me dan ganas de perdonarle; pero no, que rabie. Así escarmentará. Antonia.

Ant. ¡Señorita!

María Supongo que no se te habrá escapado...

Ant. Ni una palabra. Sabe la señorita que aunque doncella sé guardar un secreto.

María Bueno; pues he sabido que el coronel Martínez hace quince meses que está de guarnición en Valencia. El pobre señor jamás me ha hecho la corte.

Ant. Y sin embargo el señorito...

María Está celosísimo. Pero yo necesitaba un pretexto para curarle de sus trapicheíllos.

Ant. No diga usted nada, pero la otra tarde en el pasillo me dijo: Si no fuera por el qué dirán te daba un pellizquito donde tú eligieras.

María Es un Tenorio incorregible. Por eso cuando intenta volver á las andadas le amenazo con mi coronel. Yo me envío á mí misma, como tú sabes, ramos de flores y cartas inflamatorias, y él se pone frenético. En la guerra, como en el amor, todo es cuestión de extrategia. (Suena un timbre.) Llaman, vé á ver quien es. (Mutis Antonia.)

ESCENA VII

MARÍA y GARCÉS

Garcés (Entrando con una carta en la mano. A María.) Ya está la cartita. He encontrado un decoroso pretexto.

María ¿A ver?

Garcés (Leyendo.) «Querido amigo Carlos... En el crítico instante de ir á salir de casa, me ha invadido un terrible dolor de muelas. Especialmente la del juicio, se ha vuelto loca, aunque te parezca extraño, y me da unos latigazos horribles. No puedo lo que se llama abrir la boca, y no pudiendo abrir la boca, ¿para qué voy á ir á un almuerzo? Discúlpame con los amigos, y tú sabes, etc., etc.» ¿Eh? ¿Estás contenta?

María No haces más que lo que debes.

ESCENA VIII

DICHOS y ANTONIA

Ant. (Entrando un ramo de flores.) Señorita, acaban de traer este ramo y esta carta.

Garcés Una carta. Dámela.

Ant. Es para la señorita. (Se la da.)

Garcés (Intentando arrebatársela con impulso trágico.) Dámela te he dicho. ¿Del coronel Martínez?

María (Fingiendo asombro.) ¿Del coronel Martínez? (Pone el ramo sobre el velador Aparte.) Se la tragó. ¡Que rabie! (Al público.) Es un papel blanco. (A Garcés.) Ya ves, la arrojo al fuego sin leerla.

Garcés (Cogiendo el ramo.) Y las flores también.

María No, las flores no, ¿qué culpa tienen ellas? (Aparte.) Y además, que me han costado mi dinero.

Garcés Está bien. No hablemos más de tan desagradable asunto. Antonia, lleva esta carta donde dicen las señas. Es aquí al lado. (Entregándola la que ha escrito.)

Ant. Al momento. (Mutis.)

ESCENA IX

MARÍA y GARCÉS

Garcés (Mirando al reloj y disponiéndose á salir. Aparte.) Esto del ramito y de la carta vaya si me lo paga. (Alto.)

María ¿Qué es eso? ¿Vas á salir ahora?

Garcés Sí, voy á dar una vuelta.

María Pero hombre, si acabas de disculparte con tus amigos, ¿cómo vas á salir para que te vean? Una fluxión en la boca dura á veces cuatro ó cinco días.

Garcés ¿Cómo? ¿Pretenderás acaso que esté metido en casa todo ese tiempo?

María No, hombre, anda, siéntate cerca de mí. Para vosotros los hombres es un suplicio horren-

do estar en casa al lado de vuestra mujercita.

Garcés ¡Ay, que se pone suave! (Aparte.) ¡Si yo me atreviese á pedirla dinero!

ESCENA X

DICHOS y CARLOS

Carlos (Por el foro.) ¡Pobre Garcés! ¿Pero, chico, que te ocurre? Acabamos de recibir tu carta.

Garcés (Un poco contrariado.) ¡También éste es oportuno! (Aparte.) Pues nada, las muelas, chico, las muelas, que me han dado un rato terrible.

María Dejémosle que salga de su apuro. (Hace una reverencia á Carlos, á la que éste contesta en igual forma y hace mutis.)

Carlos (Mirando á Garcés.) Sin embargo, (Palpándole un carrillo.) no tienes ninguna hinchazón.

Garcés No, si esto tarda en hincharse tanto como un globo. Ya verás mañana.

Carlos ¿Sabes lo que pienso, y perdona?

Garcés No sé.

Carlos Que ha sido un nuevo pretexto para no asistir á la comida de hoy y que nos estás tomando el pelo.

Garcés ¿Qué dices? ¿Qué quieres dar á entender con esas equívocas palabras? (Con fingida indignación.)

Carlos Y hemos sentido doblemente que no vengas, porque casi es una comida de despedida. Nuestro amigo Ernesto sale hoy para Valencia, porque su regimiento de caballería, ha sido destinado á Melilla.

Garcés (Al oirlo, con extraordinaria alegría.) ¿Un regimiento de caballería? ¿El que manda el coronel Martínez, acaso?

Carlos Justamente.

Garcés Dame un abrazo. (Aparte.) ¡A Melilla! ¡A Melilla! ¡A Melilla seguramente! (A Carlos.) Dame un abrazo.

Carlos Pero hombre, ¿qué significa?...

Garcés (Sin hacerle caso.) ¡Ah! ¡Si se embarcara para la China! ¡Por fin! El Gobierno me debía esta satisfacción.

Carlos (Que sigue sin comprender.) ¿Hombre, me quieres explicar?

Garcés Marchándose á Melilla, ya puedo recoger las llaves impunemente. (Con ademán imperativo.) Carlos, de mi parte que vayan abriendo las ostras.

Carlos ¿Pero hombre, otra vez?

Garcés Ahora sí, ahora te doy mi palabra de que no falto.

Carlos Bueno. Voy. (Aparte.) No entiendo una palabra. (Alto.) Te advierto que como nos des otro plantón, lo anunciamos en la cuarta plana de los periódicos.

Garcés Te digo que voy. Es mi palabra más definitiva.

Carlos Bueno; te esperamos. (Mutis.)

ESCENA XI

GARCÉS muy alegre

Por fin, llegó la hora solemne, reparadora, triunfal. ¡El coronel Martínez en Melilla! (Pausa.) ¿Dónde estarán las llaves? Mi mujer las puso encima de la mesilla de la costura. (Buscándolas.) Aquí están. (Las muestra con gran alegría.) ¡Las llaves de la caja! ¡Ya soy libre! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la libertad!

ESCENA XII

MARÍA y GARCÉS

María (Entrando.) ¿Qué es eso? ¿A qué vienen esos gritos? ¿Dónde vas con mis llaves?

Garcés (Abriendo el secreter.) Se acabó la tiranía doméstica, señora, sacudo mi melena como el león, enarbolo la bandera revolucionaria..

María ¿Tú enarbolando una bandera? ¿Pero te has vuelto loco?

Garcés (Guardando dinero.) Yo meto oro en mis bolsillos, plata y billetes. (A María que le mira con asombro.) Y estas infamantes perras gordas, que eran la cadena de mi esclavitud, las

arrojo, ¡ja, ja! á la vía pública, las suicido. (Tirándolas por una lateral.)

María ¡Garcés, Garcés! ¡Mira lo que haces! En serio te lo prohibo...

Garcés (Encogiéndose de hombros.) Y yo te digo como Tenorio,

que es amenazarme á mí,
como al león con un mal palo.

Desde hoy seré yo el que te daré dinero para la compra, y todos los sábados veinte pesetas para tus gastos particulares. No tendrás queja. Estarás como yo, alojada, nutrida, calentada y lucida. (Señalando á la chimenea y al aparato de luz.) Las doce han sonado, señora, en el reloj de la venganza.

María (Colérica.) Ten cuidado, Garcés, ten cuidado.

Garcés (Apocalíptico en el ademán.) ¿De qué?

María Acuérdate de que puedo invitar al coronel Martínez, con una sola palabra.

Garcés (Riendo.) Y yo me río de tu invitación. Por mí, puedes invitar al coronel Martínez y á todo el regimiento...

ESCENA XIII

DICHOS, ANTONIA y luego el CORONEL

Ant. (Anunciando.) El coronel Martínez.

Garcés (Aterrado.) ¡Cómo! ¿El coronel Martínez? (Mutis Antonia.)

María (Con asombro.) ¿El coronel Martínez en Madrid?

Mart. (Entrando con júbilo.) Mis queridos amigos.. (Viendo su sorpresa.) Ustedes no me esperaban seguramente (Dándole la mano á Garcés.)

Garcés (Contrariado.) La verdad, quién iba á suponer...

Mart. (Ofreciendo un ramo de flores que había traído oculto.) Señora, permítame usted.

María (Vacilante.) Cierto que ha sido para nosotros una sorpresa. (Con intención á su marido.) ¿Verdad, Garcés? Son muy lindas. Muchas gracias por vuestra atención.

Garcés (Reflexionando.) Y dentro del ramo, vendrá seguramente una cartita. (Cogiendo el ramo.) Son

hermosas, frescas. (Metiendo las narices en el ramo para ver si descubre la carta de un modo discreto.)

Mart. Pero, amigo Garcés, ¿se las va usted á comer?

Garcés Es que su fragancia me transporta, me deleita. (Aparte.) (No he notado nada.)

Mart. (A María.) Como siempre, la hallo á usted encantadora. Yo la dejé bonita y al volver la encuentro más deliciosa aún, llena de seducción y de gracia; en cuanto al amigo Garcés, está hecho un toro, lozano, gordo...

Garcés (Aparte.) Hombre, no hay derecho.

Ant. (Saliendo.) La costurera está en el cuarto de la señorita.

Garcés (Al oirlo.) ¿Cómo?

Ant. (Con intención.) No es aquella. Es la nueva que ha tomado la señorita.

María Con permiso de usted .. unos minutos. (Aparte) No ha podido llegar más oportunamente.

Mart. Señora, usted es muy dueña. (Mutis.)

ESCENA XIV

GARCÉS y MARTÍNEZ

Mart. (Dándole una palmada en el hombro.) Mi noble y bravo amigo. ¡Qué alegría tan grande tengo en volver á verles!

Garcés Crea usted que también por nuestra parte... (Caramba y se conserva como un muchacho.)

Mart. Pues sí, aquí me tienen ustedes de nuevo y lo que les parecerá mejor, ¡para no volver á alejarme de Madrid!

Garcés (Alarmadisimo.) ¡Hombre, si yo había oido que se marchaba usted á Melilla y pensaba... ¡Pobre Martínez, dónde me lo mandan ahora!

Mart. Pues no señor, pedí el pase á la reserva, hace algunos meses, para ocuparme de mis negocios, se me ha concedido por motivos de salud y ahora me establezco en la Corte. Precisamente al entrar he visto que el piso que hay encima del de ustedes está desalquilado, y, ¿qué mejor casero?

Garcés (Aparte.) ¡Demonio! (Transición.) ¡Pues no fal-

taba más! Con mucho gusto. Pero el cuarto no le conviene, no señor Es múy húmedo.

Mart. ¿Húmedo un piso segundo? En fin, de eso hablaremos más tarde y veremos esos inconvenientes. Por mi parte, no los estimaré así, porque el gusto de vivir en su compañía me compensará de todo.

Garcés (¡Y dale, que se ha empeñado en meterse en mi casa!) Sin embargo...

Mart. Nada, nada, usted es un amigo excelente, amable, discreto, su señora es encantadora, adorable... (Dándole una palmadita en el hombro.) ¿Supongo que no será usted celoso?

Garcés (Procurando dar intención á sus palabras.) No, celoso, no; pero, sin embargo, hay cosas tan claras, tan expresivas...

Mart. Malo, amigo Garcés, malo; usted por lo visto recela que alguien pueda...

Garcés ¿Hacer la corte á mi esposa? ¡Qué penetración!

Mart. ¡Bah! (Pausa.) Y el galán, como siempre, será uno de sus mejores amigos. Es lo humano.

Garcés Exactamente.

Mart. *Perdone si he sido indiscreto.* (Se sienta cerca de la chimenea.)

Garcés Rehuye la conversación. (Aparte.) Pues sí, este señor, este .. amigo, (Subrayando.) no quiero calificarlo como se merece, se permite enviar á mi mujer ramos de flores con cartas expresivas, que ella arroja al fuego con un soberano desprecio.

Mart. ¡Y hace muy bien!

Garcés Ese señor, á título de amigo, se introduce en mi casa, se arrellana en la butaca, (Martínez hace lo que indica Garcés.) se sienta al lado de la chimenea y acoge con una aparente indiferencia todas mis palabras, ¿usted se entera?

Mart. ¡Ah, sí! ¡Perfectamente! Pero, amigo Garcés, todo ello me parece que tiene poco fundamento. Yo en su lugar, tendría confianza en mi mujer. Nada más terrible que el espionaje. Cuando las mujeres sospechan que dudamos de su virtud, es cuando más sienten el espolique de la curiosidad. Y nosotros mismos, con nuestras torpezas, lès traemos de la mano á los amantes. Garantizado.

Garcés (Aparte.) Este hombre tiene un cinismo que me desconcierta.

Mart. Yo me quedo á comer con ustedes. Usted me dice, ese es, porque vendrá seguramente, sobre todo si está en el preparatorio...

Garcés Amigo Martínez, la paciencia tiene sus límites.

Mart. Vamos, calma. Todo se arreglará. Voy á ver el cuarto y luego hablaremos de sus inconvenientes.

Garcés Permítame usted...

Mart. Un momento, nada más que un momento. Bajo en seguida. (Mutis.)

ESCENA XV

GARCÉS y luego ANTONIA

Garcés Nada, es inabordable. Su corrección, su aplomo, desarman á cualquiera. ¿Qué inventaría yo para que se marchase? (Pausa.) ¡Ah, sí! Por de pronto que trague humo, como yo estoy tragando bilis. Voy á encender la chimenea de mi cuarto, ahora que está él arriba, y muere intoxicado. (Llama á la doncella.) ¡Antonia! Tráete un brazado de leña verde, un pedazo de lana mojado, muchos periódicos y un fuelle.

Ant. ¡Qué raro!

Garcés (Imitándola.) ¡Qué raro! Obedece y no hagas comentarios.

Ant. ¿Qué irá á hacer? (Mutis.)

Garcés (Declamatorio.) ¡Ah, señor Coronel! Voy á culotarle lo mismo que se culota una boquilla. Me lo voy á fumar.

Ant. (Trae lo encargado.) Aquí está, señor, lo que usted me ha pedido.

Garcés Está bien, vete. (Cogiéndolo. Trágicamente.) ¡Me siento criminal! (Mutis lateral izquierda. Pausa.)

ESCENA XVI

ANTONIA y MARÍA

Ant. (Atisbando por el ojo de la cerradura.) Pero qué irá á hacer... si... enciende la chimenea. ¡Qué rabioso está! ¡Claro, como que la leña no arde!

María ¿Qué miras ahí?

Ant. ¡Señorita! (Un poco sorprendida.)

María ¿Dónde está el coronel Martínez? (Aparte.) ¿De qué habrán hablado?

Ant. Al señor Coronel le he visto subir al piso desalquilado.

María ¿Al piso segundo? ¿Para qué?

Ant. No sé una palabra.

María ¿Y el señorito?

Ant. ¿El señorito? Es muy extraño. Me ha pedido leña, un paño de lana, periódicos, y luego se ha metido en su gabinete con gran misterio.

María (Mirando por la cerradura.) Sopla como un desesperado. Hace gestos rarísimos. Habla solo. ¿Se habrá vuelto loco? (Por un momento alarmada.) ¡Dios mío, irá á suicidarse! (A Antonia.) ¿Qué habrá ocurrido entre ellos?

Ant. Señorita, es muy chocante.

María Eso digo yo, uno sube al piso desalquilado, el señorito se encierra en su cuarto y enciende furiosamente la lumbre. Voy á ver. (Dirigiéndose al cuarto donde está Garcés.)

ESCENA XVII

MARÍA, ANTONIA y MARTÍNEZ

Mart. (Entrando y tosiendo violentamente.) ¡Uf, qué humo! ¡Qué asco! ¡Qué porquería!

María (Aparte.) ¡El Coronel! (A Antonia.) ¡Márchate! (Mutis Antonia.) ¿Pero qué es eso? ¿De dónde viene usted?

Mart. De ver el cuartito, señora; pero nuestras chimeneas son incompatibles por lo que veo; ó enciende Garcés ó enciendo yo. Supongo que eso se arreglará.

María ¡Pobre Coronel! (Aparte.) Ahora me explico por qué estaba mi marido en el gabinete. ¡Trataba de asfixiar á Martínez!

Mart. En fin, ya pasó.

María (Es preciso iniciar á este hombre en lo sucedido.)

Mart. ¿Y Garcés?

María En su gabinete.

Mart. María, me felicito de encontrarla á usted sola unos momentos, porque quiero hacerla una confidencia, una declaración, aunque á usted le parezca un poco extraño.

María ¿A mí?

Mart. A usted. Es una cosa seria, comprometida y de las que ya no tienen remedio. En el corazón no se manda, señora, es nuestro tirano. Aquí donde usté me ve y á pesar de mis cuarenta y cinco primeras y de la parte de reuma que me corresponde, tengo todavía el corazón en muy buen uso y soy tierno, delicado y sensible.

María (Aparte.) ¡Dios mío! ¿á que se me declara de verdad?

Mart. María... acoja mis palabras con bondad. Tengo un secreto que revelarla. En él va toda mi vida y felicidad.

María (¡Nada, que me coloca una declaración á quemarropa!)

Mart. María... Yo voy á casarme.

María ¿A casarse? ¡Respiro! Cuénteme, cuénteme, debe ser una historia muy interesante. (Se sientan el uno cerca del otro.)

Mart. No, no hay historia. Fué como deben ser estos asuntos, una improvisación. Advierto á usted que no cometo la locura, que locura y matrimonio suelen ir apareados, de casarme con una chiquilla, no, me caso con una mujer viuda, revacunada por lo tanto, hermosa, sencilla en sus gustos y buena. El martes en casa de las de Paternina tendré el gusto de presentársela.

María Un placer para mí...

Mart. Aquella noche se hará un poco de baile y si usted me lo permite, la ofreceré mi brazo.

María Coronel, ¿que van á decir?

Mart. Nada de disculpas. Yo quisiera que fuese

usted la que eligiese á su gusto, usted lo tiene muy exquisito, el equipo de boda. (Sacando dos estuches del bolsillo.) Examine usted las pulseras de pedida que he comprado. ¿Son bonitas? Deme su opinión.

María (Colocándoselas.) Es muy caprichosa y artística la combinación de las piedras.

Mart. ¿Cuál escogería usted entre las dos?

María Eso sí que es un compromiso. Cuando se le ofrecen á una mujer dos pulseras, no hay modo de escoger. Se queda con las dos.

ESCENA FINAL

DICHOS y GARCÉS

Garcés (Saliendo.) Trabajo me ha costado pero á estas horas debe haber muerto por asfixia.

Mart. ¿Usted es de opinión que le ofrezca las dos, verdad?

Garcés (Que sale con un fuelle en la mano.) ¡Caramba! ¡juntos! ¡Qué poca vergüenza!

Mart. Aquí está Garcés.

Garcés Indudablemente. (Escondiendo el fuelle.)

Mart. Pero hombre, ¿qué aspecto, qué cara, qué aire es ese?

Garcés ¿Habrá visto el fuelle? Lo ha dicho con ironía. Sigan, sigan hablando de... sus cosas.

Mart. De cosas un poco íntimas y reservadas hablamos, pero que á usted no le importan... ¡curioso! (Asombro en Garcés. Pausa.) He visto el cuarto. No necesito ni más ni menos de lo que tiene. La chimenea, eso sí, la chimenea está infernal. ¡Como que por poco me ahogo con el humo!

Garcés (Aparte.) ¡Qué lástima! (Alto.) Cinco minutos más y liquidado. Amigo Martínez es irremediable. Lo peor es el alquiler. ¿Porque usted no va á pagar diez mil pesetas por diez habitaciones?

Mart. ¡Diez mil pesetas! Bueno, ya me hará usted una rebajita. (No dándole importancia.) ¡Sí que es usted guasón!

Garcés No, si es que es serio.

Mart. Bueno, como usted quiera, vaya por las diez mil pesetas. Ya ve usted que le sigo la corriente.

Garcés (Muy escamado.) ¡Hum! Barrunto algo desagradable para mí. (Mirando á María.) Y ella parece que le escuchaba con atención como si le agradaran sus palabras.

Mart. Mientras usted venía yo no he perdido el tiempo.

Garcés Sí, ya veo que estaban ustedes muy entretenidos. (Con intención.)

Mart. Convenciendo á su señora de que debían ustedes venir mañana al baile de las de Paternina.

María Naturalmente, contando con que esto no te desagradaría.

Garcés Lo siento mucho, pero no estoy de humor de bailecitos.

Mart. Es usted un egoísta. Pero todo se puede arreglar. Usted se queda en casa y yo acompaño á María.

Garcés ¡Es el colmo!

María (Mirando á Garcés.) ¿Qué rabioso está? Mejor. Ahora me dará las llaves. (A Martínez.) Repito, amigo Martínez, que ha tenido usted verdadero gusto. Son lindísimas las pulseras.

Garcés ¿Eh? ¿Las pulseras? ¡Cómo! ¡Se habrá atrevido! (Pasando al lado de María.) Señora. ¿No le da á usted vergüenza?

Mart. Me complace mucho que sean de su agrado.

Garcés María, esto es repugnante, intolerable, devuelva usted ahora mismo las pulseras.

María Dame las llaves.

Garcés Antes pasará usted por encima de mi cadáver.

Mart. Secretitos, ¿eh? ¿Qué dice Garcés?

María Nada, que debo aceptar su invitación. Tratándose de un amigo de confianza...

Garcés No, yo no he dicho eso. (Protestando con alguna timidez.)

María Me pondré mi mejor vestido, mis más ricas preseas.

Garcés No, no y no. Prefiero darte las llaves. (Se las da.)

María Gracias, (A Garcés.) coronel. Aquí tiene usted una pulsera.

Garcés (Bajo á María.) ¿Y la otra?

María Dame el dinero que me has cogido.

Garcés ¡Toma!

María Gracias. Y la otra. (Se las da.) Es realmente un bonito regalo.

Garcés ¡Otra vez en la mayor miseria!

Ant. Señorita, aquí está un botones del *Ideal Room*.

Garcés (Aparte.) Dios mío, la cuenta del almuerzo.

Ant. Reclaman ciento sesenta y nueve pesetas.

Garcés Ya ves qué compromiso. Dámelas.

María (A Antonia.) Pague usted esa cuenta y devuélvame el resto.

Garcés (Enfurecido.) ¡Y delante de él!

María (Al Coronel.) ¿Y cuándo es la boda?

Mart. Muy pronto.

Garcés ¿Cómo? ¿Quién se casa?

Mart. Yo, amigo Garcés, al fin caí en la ratonera.

Garcés ¿Será un nuevo pitorreo?

María Las pulseras que has visto son el regalo de novio.

Garcés ¿Pues entonces esas cartas, los ramos de flores?

Mart. ¿Qué cartas, qué ramos?

María Nada.

Garcés Sí, sí las he visto yo.

María Fueron cosa mía, para que tú...

Garcés ¡Ah, sí! ¿Conque me has estado tomando el pelo? Pues te cuesta devolverme las llaves. Dámelas ó te pongo en ridículo delante de Martínez.

María No.

Garcés Pues figúrese usted, mi coronel...

María Tómalas y calla. (Seguidamente.)

Garcés Ha triunfado el gobierno.

Mart. Cuente usted, que ello será gracioso.

Garcés No, es (Muy contento.) una anécdota matrimonial. Ya se la referiré. Pero ahora vamos á la mesa, porque hoy come usted con nosotros. No faltaba más. Por supuesto que en mil quinientas pesetas le dejo á usted el cuarto con la chimenea arreglada y todo. Conque si usted quiere, ¡vamos á la mesa! (A María.) ¿Ves? ¡Yo también invito al Coronel y á ustedes con muchísimo gusto; ya nos arreglaremos.

FIN DE LA OBRA

Obras de Luis Gabaldón

La invencible, pasillo cómico-lírico, en un acto.
Un modelo, apropósito en un acto y en verso.
La sultana de Marruecos, juguete cómico-lírico, en un acto.
El espanta pájaros, sainete lírico en un acto. (2.ª edición.)
Con las de Caín, zarzuela cómica en un acto.
La romería del Halcón, presentimiento cómico-lírico, en un acto.
La japonesa, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros.
El respetable público, revista en un acto y cuatro cuadros.
Yo puse una pica en Flandes, caricatura, en un acto y tres cuadros, del drama *En Flandes se ha puesto el Sol* (2.ª edición.)
Mirando á la Alhambra, cuadro andaluz, escrito expresamente para Amalia Molina.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.

El cabo López, aventuras. (3.ª edición.)
Palotes, artículos y crónicas. (Agotada.)
La conquista del planeta, novela de viajes. (Agotada.)
Amor, celos y vitriolo, novela cómica.

Obras de Enrique F. Gutiérrez

La modelo, diálogo en escenas.

Géneros del Reino, revista cómica.

¡Miedo!... cuadro de costumbres catalanas.

¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.

La noche del baile, juguete cómico en un acto.

La antigua Roma. (Sonetos.)

Cascabeles de oro. (Poesías.)

Precio: UNA peseta